



## ISIDRO FABELA O LA BONDAD

POR JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMINGUEZ,  
*(embajador de México, escritor, historia-  
dor y poeta)*

Desde que llegué a Bélgica como Ministro Plenipotenciario de México, me propuse organizar un gran homenaje en memoria de Fray Pedro de Gante, en su propia ciudad natal, en donde, salvo por los frailes franciscanos del convento allí existente, eran punto menos que desconocidos su vida y sus hechos.

Fui recibido solemnemente por la municipalidad gantesca y no hay para qué decir que en el discurso que pronuncié me referí por modo principal a Fray Pedro y solicité que el Ayuntamiento cooperara conmigo para el homenaje proyectado.

En la realización de éste, los franciscanos tomaron parte activísima, lo mismo que la sección de damas de la sociedad "Amities Mexicaines", fundada por mí en Bruselas y que presidía la dinámica Madame Loridán, esposa del ex embajador de Bélgica en México.

Y ya todo listo, con un programa en que participaron el Ministro de Educación, el Presidente de la Cámara de Diputados y altos intelectuales belgas, se invitó al Cuerpo Diplomático iberoamericano en pleno y se efectuó el acto, presidido por las autoridades locales, que consistió en el descubrimiento de una artística placa de bronce en la casa donde estuvo el convento franciscano del que salió Fray Pedro y en varios discursos alusivos.

Pero el homenaje resultó más grandioso de lo que yo esperaba. Los franciscanos, que desde la víspera habían volado en aviones sobre Gante para arrojar por todas partes volantes en que se invitaba a la población a participar en la solemnidad, vieron coronados sus esfuerzos con la enorme multitud que llenó la Place du Com-

merce, toda empavesada con banderas y que presencié entusiasmada el desfile sin precedente de todos los colegios. Los escolares y profesorado llevaban grandes cartelones con frases alusivas a los méritos de Fray Pedro en flamenco, francés y español e imágenes que lo representaban enseñando a leer a los indios. Los frailes franciscanos vestidos con hábitos como los que usó Fray Pedro en el siglo XVI, encabezaban grupos delanteros que ¡oh, prodigio! pasaron cantando en español el Himno Nacional Mexicano, y el enseñarlo ha de haber constituido un ímprobo trabajo, ya que todos los habitantes del Gante hablan flamenco. Seguían bandas de música y otros colegios con sus estandartes. Cuando casi terminaba el desfile verdaderamente conmovedor, sobre todos los rostros se reflejaba la intensa emoción que experimentábamos los presentes del apretado círculo de invitados que rodeaban el escaño junto al cual se veía cubierta por las banderas de México y de Bélgica la placa que iba a descubrirse; se desprendió un caballero, que con las lágrimas asomadas a los ojos, se acercó a mí para tomarme las manos y gritarme con la voz quebrada por una honda emoción:

—¡Pero, Pepe, esto es sublime!

Yo, tan emocionado como él, nada pude contestarle.

Aquel hombre no había podido resistir los impulsos de su corazón bondadoso ante aquello que constituía “la apoteosis de la bondad” encarnada en Fray Pedro y por eso, en irrefrenable arrebato de su mismo ser vibrante de benévolos sentimientos, conmovido hasta el llanto, fue a expresarme su impresión.

Aquel hombre era el licenciado Isidro Fabela, que desempeñaba entonces el encumbrado puesto de miembro de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, y a quien yo había invitado especialmente para que nos acompañara en el homenaje a Fray Pedro, porque conocía su admiración por la obra del insigne misionero y su acendrado mexicanismo.

He querido recordar este episodio porque él revela la característica de la personalidad del licenciado Fabela: su bondad.

Cualidad ingénita en él, ella ha presidido todas las acciones de su fructífera existencia. De joven, ayudó a sus compañeros de estudio que eran pobres; de hombre maduro llevó a cabo un hecho que pinta mejor que ninguno, sus altas calidades morales. En efecto, encontrándose en Europa, cuando fueron derrotadas las huestes republicanas españolas, que en doloroso éxodo pasaron los Pirineos,

el licenciado Fabela, acompañado siempre de su muy apreciable esposa, la también bondadosísima Josefina, recorrió los infernales campos de concentración fronterizos, para adoptar a algún niño español que hubiera quedado huérfano; pero al conocer la trágica historia de dos chicos que eran hermanos, adoptó a ambos y se encargó desde entonces de su sostenimiento y educación. Hoy son dos hombres útiles a nuestra patria.

Y esa bondad se ha traducido también en su actuación de hombre público, que lo ha inclinado siempre a la defensa de las causas justas, como en el caso de Etiopía. Allí sólo su voz, como representante de México en la Sociedad de las Naciones, se levantó para protestar contra la invasión injusta del imperio etíope. Y su acento indignado resonó como un trueno en medio de las burlas de los delegados nazi-fascistas.

Esta inclinación a hacer el bien, según la clásica definición de la bondad, se traduce en el licenciado Fabela en múltiples circunstancias, como gobernante, como magistrado, como simple particular. Su espíritu franciscano se deriva en piedad para nuestros hermanos menores y en su casa han hallado pan y albergue infelices bestezuelas que vagabundeaban por las calles.

Y aún en sus producciones literarias, como en "La Tristeza del Amo", asoma el hombre bueno, todo corazón, que un día se lanzó a la vorágine revolucionaria llevado por el impulso de esos ideales de reivindicación social e inspirado en lo que desde niño vieron sus ojos en la heredad paterna.

En la Revolución se mostró como funcionario lleno de templanza y se debe a él que en muchas ocasiones se atemperara el rigor de alguna drástica disposición tomada en el ardor de un momento de exaltación de la lucha.

Y para ¿qué agregar su protección a artistas y escritores, sobre todo en el Exterior? Con una generosidad de Mecenas, cada vez que un compatriota se vio en apurados trances, Fabela le tendió su mano y le abrió su escarcela y procuró aliviar su situación en forma decorosa y efectiva.

Marquina, en célebre poema, se preguntaba:

*¿Y la bondad, y la bondad florida?*

*¿Ya no existen raíces de esta planta en la vida?*

Y habría que contestarle que esas raíces están bien ahincadas

en el alma de Isidro Fabela y son de una frondosa planta que da los más opulentos frutos.

Caballero de una pieza, amigo de sus amigos, aunque algunos dicen que es implacable con sus malquerientes, Isidro Fabela representa al gran señor mexicano en quien brillan las más elevadas cualidades que han hecho de él uno de los valores máximos como jurisperito, como estadista, como intelectual, como exquisito amante del arte, pero sobre todo y ante todo, como hombre de bien.

Santiago de Chile. Julio de 1958